

# ADIÓS A LA CASITA



## El árbol más fuerte y frondoso vive de lo que tiene debajo

No pensábamos que nos iba a afectar... tanto, pero somos de carne y hueso. Tenemos sangre... y sí, vamos a echaros mucho de menos.

Decía Khalil Gibran: “No busques un amigo para matar las horas; búscale con horas para vivir”.

Y en ese dicho se resume la triste injusticia que hacemos con La Casita de Niños. Lejos de lo que muchos piensan, la casita no es el sitio donde dejar a nuestros hijos cuatro horas al día.

La casita– nuestra casita – es el lugar donde empiezan a hacerse personitas, y todo gracias a un trabajo bien hecho y que deberíamos empezar a valorar de verdad.

¿No me digáis que no os ha dado envidia en más de una ocasión al ver cómo son capaces de tenerlos a todos sentados, pendientes...obedientes? A mí sí. ¡Y mucha!



Ahí, en esas aulas azules como el mar que tanto añoramos, aprenden y se divierten... quieren y son queridos, juegan y ríen, también lloran y se pelean... CONVIVEN.

Aquí han hecho sus primeros y mejores amigos (Luci, Andrea, Eva, Chloe, Samuel, Raúl...perdón, no puedo poner todos los que quisiera).

Aquí han aprendido a hacer sus primeras pinturas, tarareado sus primeras canciones, aprendido a recoger, a compartir, a asearse, a respetar cosas y personas, y, sobre todo, a deshacerse de la sombra de sus progenitores. En definitiva, a ir formándose como las personitas que ya son.

Por cierto, también añadieron las eses (al final de palabra) a su dicción, algo que en casa era difícil de aprender.

Pero lo mejor de todo es que también ha sido una escuela para nosotros, padres primerizos, sin familia cerca que nos ayudara en nuestras dudas, que las había. Con vosotros hemos aprendido que la infancia tiene sus propias maneras de ver las cosas, de pensar, de actuar, de no actuar, y de sentir, y que no hay nada peor que pretender hacerle ver las cosas como las vemos nosotros... o peor aún, como nos gustaría verlas a nosotros.

A veces – inconscientemente, seguro – hacemos con ellos lo que los demás hacen con nosotros, y no somos conscientes de que ellos ven todo de otra manera menos viciada, más limpia, y, quizás, deberíamos aprender muchas cosas de ellos.

Nos empeñamos en hacerlos maduros antes de tiempo, y eso – vosotros me lo habéis enseñado – no es bueno ni para ellos ni para nos. Quien esté libre de culpa que tire la primera piedra... ¡Cuidado, que la mía aún surca el aire!.

Nosotros nos vamos ya, así que no toméis esto como un masaje a la vanagloria de las educadoras de La casita, ni simple peloteo. Esto no es otra cosa que un acto de cobardía que solo nos atrevemos a hacer el año que vamos a abandonar... La vergüenza es así de traicionera.

Y es que hace ya cuatro años desde aquel día en que el teléfono interrumpió nuestro almuerzo. Al cogerlo teníamos la esperanza de escuchar una voz familiar, un acento sin “eses” que echábamos en falta, unas palabras de aquellos a quienes tanto añorábamos. Pero no, la voz no era familiar. Es más, sonaban muy pocas zetas, pero nos pareció tan amable como después nos dibujó en persona su dueña.

- Me llamo Sara se presentó, y desde ese día entró en nuestras vidas para siempre.

Nos preguntó si estábamos interesados en ocupar una vacante, y contestamos que sí con los ojos cerrados, y aún con la comida entre los labios.

No hacía ni cinco horas que Carmen había empezado sus clases en una guardería privada, y ese único día nos había costado la friolera de 400 euros (matrícula y primer mes que no nos devolvieron).

Carmen fue a su nuevo cole con una ilusión tremenda porque alucinaba siempre que veía el patio cuando paseábamos por el parque, pero lo mejor de todo era que esa ilusión crecía cada día que pasaba.

Poco a poco, con su escaso dominio del lenguaje, fue cambiando los personajes de sus juegos. Donde antes sus muñecos eran papi, mami y algún primo lejano (lo digo por la distancia física), ahora eran Luci, Andrea, y , sobre todo Sara. El nombre de la profe estaba por todas las paredes de la casa y la niña se iluminaba cada vez que oía la palabra cole. En su vida había una nueva ecuación que nadie como ella sabía resolver.

$$\text{Cole} = \text{Sara} + \text{Luci} - \text{X}$$

Estos enanos son capaces de adivinar, sin fallo, las personas que los quieren. Para nuestra desgracia – y la suya – cuando crezcan irán perdiendo ese don.

Sí... después de aparcar los celos por ver que nuestra niña la quería casi más que a nosotros nos enamoramos de la seño... podría decirse que la hicimos nuestra.

Llevábamos muy poco tiempo en Sevilla la Nueva. Nuestro familiar más cercano estaba a 500 kilómetros, e ir a la casita era como llevar a la niña a casa de la abuela. El sitio más seguro y acogedor que podíamos imaginar.

Nunca nos hemos ido a trabajar preocupados... es más, creo que son las únicas horas del día en que podemos recuperar nuestra vida, olvidando por completo que tenemos hijas. No sé como explicarlo... Es como si ese asfixiante, a veces, sentido de la responsabilidad descansara en otros hombros permitiéndonos unos momentos de libertad total, aunque solo sean para trabajar... Sé que me entendéis.

Sara, Pura, Carmen, Inma, Marta, Rosana, María, la nueva directora, María y Mari José, que sepáis que no os estoy llamando abuelas, ¿vale? (con las mujeres hay que tener tiento).

Recuerdo cuando Carmen se fue. Habían pasado dos años casi tan rápidamente como lo que tardo en escribir esta frase. Si no lloré fue porque soy gilipollas.

Nadie me vio llorar – ni siquiera el espejo – pero puedo aseguraros que estaba destrozado. No quería que mi niña abandonara ese mágico lugar... Supongo que también me resistía a la idea de que se me empezaba a hacer mayor.

Fue la fiesta de fin de curso más triste a la que he acudido. Y he ido a algunas.

Por suerte el verano ayudó a recuperar el ánimo. Pero lo mejor era saber que Cruz había entrado también, y que teníamos otros dos años por delante. ¡Que vuelvan!.

Y llegó el momento de Cruz. Nueva educadora... Mari Jose... ¡y andaluza!. Lo de las eses iba a ser más difícil, pero en lo afectivo ha sido igual.



En casa solo existe Marioze (así la llama). Estamos papi, mami, Carmen y Marioze. En la tele está Mickey, Donald, Goofy... y Marioze. En su cuento de Blancanieves están los enanitos Gruñón, Mudito, Sabio... y Marioze.

Con nosotros come Marioze, a la hora de dormir en su cuna está Marioze, y cuando vamos a Motril también viene Marioze. ¡Sí, qué pesada...!

¿Qué es lo primero que le preguntan los abuelos cuando llegamos?... ¿Y Mari Jose?.

Lo más curioso es que también preguntan a Carmen por Sara. Nunca por su nueva maestra, a la que, por cierto, también adora.

Ya os he dicho que Sara ya es como de la familia...

Marioze – lo siento, es la costumbre – no hace mas que darte felicidad y cariño. Y estoy de acuerdo con ella en que lo que se le da a los niños hoy es lo que ellos darán mañana a la sociedad. Por eso tenemos que luchar por defender un trabajo bien hecho. A veces llegamos a la casita de mal humor por una leche que no han bebido, por una ropa que han manchado, por un reloj que cada vez pesa y corre más, y entras en clase y todo desaparece.

Tu hijo ve a la educadora y todo se muta en felicidad y sonrisa. Claro que te quedas un ratito observando y llega un momento en que pierdes la noción de la realidad y no sabes distinguir a la educadora del resto de los chavales. Es una más... está sentada en el suelo jugando y hablando con ellos como una coleguita de la plaza.

¡Qué envidia... Yo me quiero quedar también!.

Han sido cuatro años maravillosos, los mejores de mis hijas, y quiero que los recuerden siempre.

Sé que sus vidas las llevarán por otros sitios, unos mejores y otros peores, que la vida continúa, y mil tópicos más, pero jamás olvidarán sus primeros años en la escuela. Y de eso nos tenemos que encargar nosotros. Cuando sean mayores y lean esta carta recordarán cosas que creían olvidadas...

Intentaremos seguir adelante en la formación de estas personitas, y sabemos que ahora estamos preparados. En parte gracias a vosotros.

Aunque no estéis al alcance de nuestros ojos siempre estaréis en nuestros corazones.

Y no son palabras gratuitas. Os lo dicen unos que siguen queriendo a los que tienen tan lejos... y quizás con más fuerza.

¿Y quién sabe? A lo mejor tenemos suerte y dentro de unos años admitís a Juanillo, o a Antoñillo... y todo empieza de nuevo.



Acta est fabula

Los papás de Cruz y de Carmen